

## *Un viaje por la inteligencia*

*José Ángel AGEJAS*

G. K. Chesterton

*Lo que vi en América*

Editorial Renacimiento, Sevilla 2009

ISBN: 978-84-8472-456-8

«Si cuando asistimos a un hecho inmediatamente somos capaces de hallarle una explicación, podemos estar completamente seguros de que ya teníamos preparada la explicación antes de asistir al hecho» (p. 199). Si hemos titulado esta reseña como «Viaje por la inteligencia» ha sido, precisamente, para alertar y animar. Alertar al posible lector de que no se encontrará con un libro de viajes al uso. Chesterton no escribe cosas que vio; reflexiona y analiza qué es y a qué responde lo que vio. Y animar a la lectura, porque más que saber cosas de América, el lector aprenderá a pensar, a partir de lo que el magistral Chesterton encontró durante un viaje por los Estados Unidos.

El maestro de las paradojas no deja de sorprender y provocar a lo largo de cada uno de los capítulos en los que recrea la experiencia de recorrer un país en el que, contra todo pronóstico, tuvo «la sensación de hallarse en un lugar mucho más extranjero que Francia o incluso Irlanda» (p. 199). La frase que recogíamos al inicio refleja el estado general del escritor: Chesterton, profundamente realista, nunca dejaba de sorprenderse ante la realidad, que es la mejor forma de conocerla. La admiración y el asombro son las únicas actitudes que nos permiten llegar a la verdad de las cosas, lejos de cualquier ideología, pues éstas funcionan como esquemas preconcebidos en los que ha de encajar todo, sea como sea. Cualquiera que haya viajado a Estados Unidos ha pasado por la experiencia de contestar al cuestionario de Inmigración, con las consabidas preguntas sobre las intenciones criminales o golpistas del sujeto. Desde ahí parte el propio escritor inglés, aunque ya desde ahí nos queda claro que el modo en que considera esas preguntas y analiza sus implicaciones nada tiene que ver con los tópicos más recurrentes.

Con su pluma afilada vivisecciona no tanto un país cuanto una mentalidad, un estilo de vida, que podemos considerar como el ejemplo más claro de la Modernidad, puesto que ha roto con la tradición y, como dice al describir Oklahoma: «Los ciudadanos señalan a cualquier estructura colosal al tiempo que afirman con arrogancia que no estaba ahí hace una semana» (p. 200).

*Lo que vi en América* es un compendio de los grandes temas chestertonianos expuestos con la sencillez de quien cuenta cómo le ha ido su viaje en el tren. Porque sus temas encontraron en la geografía de los Estados Unidos un marco ideal para su contraste. Así, la idea moderna de la libertad, del individuo, de la democracia, de la fe... Alguien definió a Chesterton como el apóstol del sentido común. En estos diecinueve capítulos lo derrochó, sin duda. Veamos sólo un par de ejemplos. Hemos elegido aquellos que conciernen a las cuestiones más radicales en la vida humana y social: la libertad y la democracia.

Podemos leer en sus páginas una de las más demoledoras críticas a la Ley Seca, a la prohibición del alcohol. Claro que sorprende que lo primero que dice es que la Prohibición no existe. Es decir, existe para algunos: «La Prohibición, ya sea una propuesta en Inglaterra o una pretensión en América, simplemente significa que el hombre que bebe menos no tendrá nada que beber, y el que bebe más se quedará con toda la bebida» (p. 163). Prohibir es algo que sólo pueden permitirse los ricos mientras tengan la seguridad de que ellos seguirán siendo ricos y así podrán seguir sometiendo a los pobres. En otras palabras: cualquier gobierno prohibicionista es un gobierno que no admite la libertad ni la quiere para sus ciudadanos, porque eso supondría admitir la existencia de una justicia que no define él, sino que es previa al Estado. «Mi primera objeción a la Prohibición no se basa en ningún argumento contrario a ella, sino en un argumento a su favor. Para condenarla no necesito más que la única cosa que puede utilizarse en su defensa. El argumento consiste en que gracias a ella los empleados producirán más y, de ese modo, los patrones podrán hacerse aún más ricos. Que esta idea pueda ser tomada por sí misma como la prueba de un problema de libertad es en sí mismo un testimonio definitivo de la presencia de la esclavitud» (p. 165). La defensa de la libertad es la defensa de la diversión, de la felicidad. Pero no al servicio de la producción, sino al servicio del espíritu, de la persona por sí misma. Chesterton vaticina, por ejemplo, que las mismas fuerzas que prohíben el alcohol prohibirán el tabaco, pero no los cigarrillos, y menos los puros caros, pero en nombre de la salud al servicio de la eficiencia y la producción. Porque la libertad sólo puede ser libertad individual, «y las libertades más individuales han de ser las últimas libertades que podamos perder. Hoy en día, sin embar-

go, son las primeras que perdemos. Y no es cuestión de trazar la línea en el lugar inadecuado, sino de empezar en el final equivocado. ¿Qué son los derechos del hombre si éstos no incluyen el normal derecho a regular su propia salud en relación con los riesgos normales de su dieta y su vida cotidiana? (...) No se trata en absoluto de trazar una línea entre la libertad y el exceso. Si esto fuera un exceso, entonces no existiría la libertad. Decir que un hombre tiene derecho a voto pero no voz para elegir su cena, es como decir que tiene derecho a su sombrero, pero no a su cabeza» (p. 168). Es evidente que una autoridad que no admite el ejercicio individual para beber vino, con mucha menos razón va a admitir el derecho a tener sus propias convicciones, o a educar a sus hijos. Si se prohíbe el alcohol, y luego el tabaco, sugiere, luego prohibirán la conversación que habitualmente los acompaña, de modo que sólo los políticos hablarían y decidirían quién puede y cómo hablar.

Por eso la defensa del sentido común es la defensa de la democracia y de la opinión pública. «El peligro de la democracia no es la anarquía, sino la convención» (p. 183), en la medida en la que la convención supone la desaparición del pensamiento o, mejor dicho, la aparición de criterios de pensamiento sectarios. Y pasa así revista, por el tamiz del sentido común, a los dogmas sectarios, además del prohibicionismo ya mencionado, del progresismo, o del feminismo... ¡ya en 1922! «No hay más base para la democracia que un dogma sobre el origen divino del hombre. Éste es un hecho absolutamente simple que el mundo moderno irá encontrando cada vez más real. (...) Los hombres, poco a poco, se irán dando cuenta de que la democracia no tiene sentido si nada tiene sentido; y que nada tiene sentido si el universo no posee un centro de significación y una autoridad que es autora de nuestros derechos» (pp. 325, 328).

Chesterton tiene la habilidad de describir magistralmente la realidad y de, al hacerlo, esbozar un análisis de los fenómenos. Porque lo que se ve es real, claro, pero no es la realidad, y menos en la vida social. Lo que se ve expresa una realidad más profunda: una forma de ser y estar en el mundo. Y tiene la gran virtud de no confundir los síntomas con la enfermedad: lo que se ve no es el problema, es una de sus expresiones. «El problema del mundo moderno no es el titular moderno, ni el cine moderno, ni la maquinaria moderna. El problema del mundo moderno es el mundo moderno, y la única cura posible vendrá de otro mundo» (p. 74). Sólo cuando se efectúa un buen diagnóstico puede iniciarse la terapia. La crisis moderna no es una crisis económica, ni financiera, ni material; es, ante todo, una crisis metafísica, una crisis sobre el modo de comprender la realidad y, como consecuencia, el fundamento del orden moral y social.

Leyes, ciudades, hoteles, hombres de negocios, Broadway, el campo, Lincoln..., sí, todo eso lo encontrará el lector. Los temas, los contenidos, las personas, los paisajes..., todo es lo que vio en América, sí. Pero con los ojos de quien mira sin prejuicios.

Dada la influencia de los Estados Unidos en el mundo, quizá sea el país sobre el que más tópicos y etiquetas circulan. Y como se ve por estas páginas, muchos ya venían desde los tiempos casi fundacionales. A medida que se va leyendo el libro, uno se da cuenta de hasta qué punto esas etiquetas no son sólo injustas, sino sobre todo falsas. Porque provienen de la peor de las ignorancias, la de quien se acerca a la realidad con la idea preconcebida y no sabe dejarse asombrar para conocerla. Si Chesterton sigue siendo políticamente incorrecto y sumamente actual en su diagnóstico, casi un siglo después, se debe a que cuenta lo que encontró, no lo que creía que iba a encontrarse.